
Este es el libro quinquagésimo é el último libro de la *Historia natural y general*: el qual tracta de los *Infortunios é naufragios* acaescidos en las mares de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar Océano.

PROHEMIO.

Determinado tengo de reducir en este último libro algunos casos de infortunios é naufragios é cosas acaescidas en la mar, assi porque las que á mi noticia han venido, son cosas para oyr é notarse, como porque los hombres sepan con cuántos peligros andan acompañados los que navegan. É si los que yo no he sabido ni aqui se escriben todos se oviessen de decir, seria uno de los mayores tractados que en el mundo están escriptos é de mayor volúmen; porque assi como las mares son en diverssas partes navegadas por diverssas gentes é lenguas, assi es imposible venir á noticia nuestra todo lo que en ella ha acaescido de semejantes co-

* Como habrán podido notar los lectores, al final de la primera parte (tomo 1, pág. 614) publicó Oviedo once capítulos de este libro en la edición que hizo de aquella en 1535. En ella ocupaba este

sas. Bien es de creer que si en Bilbao se hiciera este libro, que no faltáran cosas muy grandes que escribir, porque como los vizcaynos (más que otras naciones) son exercitados en las cosas de la mar, de nescsidad avrán visto é algunos dellos experimentado é otros oydo á sus mayores algunas (y aun muchas) historias desta calidad; y lo mesmo podrian afirmar otras gentes, que viven en las otras costas de las mares de España, testificando otros diverssos acaescimientos, é assi al propósito en otras generaciones del mundo. Pero aqui no se tractará ni haré mençion de lo acaescido, sino en las mares que hay desde España á estas In-

proemio el lugar del primer capítulo, por lo qual aparece aqui alterada la numeracion, sujeta extrictamente á la del códice original, que tenemos á la vista.

dias é partes occidentales de acá, desde el año de mill é quatroçientos é noventa y dos años, que estas tierras se descubrieron por el almirante primero destas Indias don Chripstóbal Colom. Y no podré decir las todas; pero serán aquellas más notables y de quien yo tuviere entera é çertissima informaçion.

Muchas vezes me acuerdo quando algunas destas desaventuras oygo de lo que escribe Plinio del lino, donde dice: «¿Qué mayor miraglo puede ser que aver una hierba que haga assi vecino el Egipto de la Italia?»¹ trayéndolo este auctor al propósito de las velas, que se hacen del lino ó cáñamo para los navios. É dice que de aquesta pequeña simiente nasce cosa que trae el mundo de una parte á otra, no pareciéndole al hombre que le bastaba morir en tierra, sin que pareciese sin sepultura; é á tal que sepamos que la pena nos es favorable; ninguna hierba se engendra más fácilmente, porque entendamos que aquesto se hace contra voluntad de la natura, el lino quema el campo y le hace estéril más que otra cosa.

Todo esto se hallará en el principio del libro XIX de Plinio; é muy mejor é con más causa lo dixera, si vinieran á su noticia tan apartadas mares é tan continuamente navegadas como estas mares, que otra distancia muy mayor que la del Egipto é Italia, pues desde ella á la boca del rio Nilo, que riega el Egipto, hay pocas más de tresçientas leguas. Y este mismo lino é velas apartaron al capitan Sebastian del Cano é á la nao *Vitoria* tanto de España; porque salió aquella nao del rio Guadalquivir (que passa por la cibdad de Sevilla) é dió una vuelta al polo del orbe ó redondez del mundo, é anduvo todo lo quel sol anda por aquel paralelo (que la nao que digo bojó el mundo), yendo por Poniente é tornando

por el Levante, é volvió á la mesma Sevilla. É aun despues hizo aquella nao un viaje desde España á esta cibdad de Sancto Domingo desta Isla Española é tornó á España á Sevilla, é desde allí tornó á esta cibdad cargada, é á la vuelta que volvia á España se perdió, que nunca más se supo della ni de persona alguna de los que en ella yban. Pero lo que primero se dixo que navegó esta nao, harto más sin comparacion es que todo lo quel Plinio dice que alguno en el mundo oviesse navegado. Ni tampoco debe entenderse que solo el lino es el instrumento de las velas en el mundo, pues que tambien se hace del cáñamo, que otra hierba assaz conocida. É assimesmo en muchas partes del mundo se usan las velas de hojas de palmas, hechas como esteras, y en otras partes de algodón (en espeçial entre los indios destas partes é Indias) que otra hierba; y aun tambien las podrian hacer de lana donde hay ganados.

Pero dexemos las velas, que no son más de culpar que la madera de los árboles en este caso, pues dellas se hacen los navios é másteles y entenas dellos; é dese solamente la culpa á los que podrian vivir en la tierra é se van á la mar á experimentar estos trabaxos. É ya yo me ví en la mar en tal término, que pudiera con más experiencia propria temer y entender los peligros della que Plinio, informado por sus libros ó por marineros de su tiempo, porque de verlo á oyrlo hay mucha desproporcion é diferencia. É no diré en este caso cosa que la sepan pocos; pues el año que passó de mill é quinientos é veynte é tres atravesé desde la costa de Tierra-Firme, é partí desde á par del puerto de Sancta Marta para esta Isla Española, é fuy á parar en la de Cuba, en una pequeña caravela mia: la qual estaba tan comida de la broma, que

¹ Plinio, lib. XIX.

nos anegábamos los que en ella ybamos, é con las camisas que teníamos, ybamos atapando algunos agujeros por donde entraba el agua; é hacia tanto viento é mar que nos cubrían muchas veces las ondas. Finalmente, nos vimos en tanto peligro que de hora en hora esperábamos la muerte; é yo más que otro, porque demás de lo que he dicho, yba muy enfermo: tanto que queriendo un marinero aprovecharse de un seron de esparto, que allí estaba debaxo de un colchon, en que yo yba echado, le dixo un criado mio:— «No tomés el seron, que ya veys quel capitán está muriéndose, é muerto, no hay otro en que envolverlo y echarlo á la mar». Lo qual yo oy é entendí muy bien, é assentéme en la cama enojado con mi criado, é dixe:— «Sacá esse seron de ahí é dádsele á esse hombre: que no tengo de morir en la mar, ni querrá Dios que me falte sepultura en su sagrada iglesia». Y desde essa hora tuve alguna mejoría.

Aquel navio ninguna cubierta tenia, donde pudiesse hombre esconderse de los aguaceros ni del sol, ni teníamos pan ni vino: é con estas é otras muchas dificultades plugo á Nuestro Señor que aporté en salvamento á la isla que he dicho, y entré en el puerto de la cibdad de Sanctiago, donde á la saçon gobernaba el adelantado Diego Velazquez de Cuéllar, del qual fuy muy bien hospedado; é allí me curé é se reparó mi salud en quinze dias que allí descansé. Passados estos torné á la mar é proseguí mi camino para esta Isla Española; pero vendí allí en Cuba la caravela, con condiçion que á mí é á los míos nos truxesse hasta la Yaguana, que un puerto en fin desta Isla al Poniente, porque yo nõ avia menester el navio para más, é porque estaba muy bromado; é assi se hiço. Y el que lo compró volvió en él á Cuba, é lo reparó é adobó. Y en aqueste mesmo na-

vio se perdió despues en las islas de los Alacranes el liçenciado Alonso Cuaço, como se dirá adelante en el capítulo décimo deste último libro. Pero este trabaxó mio ni ha seydo solo ni de más peligro que otros que por mí han passado; porque el año de mill é quinientos é treynta estuve en llegar desde el puerto que llaman de la Posseion, en la provinçia de Nicaragua (donde estuvo por gobernador é murió Pedrarias Dávila, en la costa de la mar del Sur), hasta Panamá, que son tresçientas leguas, quassi çinco meses por falta de tiempos; y en una isla que se diçe Pocossí, que dentro del golpho de Orotiña, estovimos más de veynte dias; é allí hallamos el timon ó gobernalle todo comido de broma, é dos tablas del costado de la caravela podridas é bromadas, é la sacamos en tierra; é por la diligencia del maestro Joaquín Cabeças (ó Joaquín de Grado), hidalgo asturiano é buen piloto, nos salvamos todos. É allí lo mejor que se pudo (aunque nos faltaba quassi todo lo nesçessario para el adobo del navio) lo aderesçó, é tornamos á la mar é navegamos dosçientas leguas hasta Panamá; é quiso Dios que aquellas las andoviéssemos en ocho dias, ó menos, porque nõ socorrió la misericordia divina con buen tiempo, é las anduvimos presto en los dias que dicho. Y en las otras çient leguas aviamos estado más de quatro meses y medio, y en todo este tiempo yo estuve quartanario, é aun algunos meses despues. Y en todo aquel viaje ningund vino, ni pan, ni bastimento de los de España tuvimos, sino los destas partes, assi como mahiz é féssoles; pero no nos faltaban pescado é otras viandas no buenas, en espeçial para dolientes. Y tambien era esta navegacion en caravela rasa, descubierta al sol é á las lluvias, que eran muchas.

No hago mençion de las muchas veces que en estas mares de acá y en las de

España y de Italia y Flandes yo me he visto en tormentas muchas é muy grandes, de másteles quebrados é velas y entenas rompidas, é otras fatigas, que cada una dellas pensé que era la última hora allegada para la conclusion de mi vida, si no me socorriera Dios por su clemencia, al qual yo le doy infinitas graçias, porque ha seydo servido de me esperar á penitencia. Y por su misericordia permita que mi fin sea en su gracia y en estado que mi ánima se salve, pues la compró con su preciosa sangre: que en verdad en estos trabaxos é otros muchos que por mí han passado, siempre me acordaba de aquellas palabras de Séneca, que diçen: «En tormenta vivimos; muramos en puerto»¹. É Dios es testigo que assi lo desseé siempre; pero ofrésçense cosas á los hombres, que aunque conosçen los peligros de la mar no se pueden excusar dellos, ni son parte para dexar de tentarlos, unos por nesçessidad de buscar la vida, otros por complir con lo que son obligados, é por diverssas ocasiones, ó tales que sin verguença los buenos no pueden dexar de aventurarse á estos peligros é á los que vinieren. Y de aquesta manera he yo aprendido á escrebir é notar estas cosas que no se pueden assi explicar por

los chronistas que no navegan. Pero dexado esto aparte, que es comun lo que por mí ha passado é cosas quassi ordinarias á los que navegan é cursan la mar, pasemos á otras mayores é particulares, que cada una dellas es miraculosa, é para mucho loar á Dios los que tales naufragios oyeren ó leyeren, é más los que en tales trançes se hallaron é lo experimentaron: y los unos é los otros nunca deben çessar de se encomendar á Nuestro Señor é á la piadosa Madre del Redemptor la gloriosa Virgen sin mançilla, de quien tan señalado socorro suelen hallar sus devotos en sus angustias y nesçessidades en la tierra y en la mar. Mas como sea tan diferente el un camino del otro, tomóse de tal extremo aquel proverbio vulgar, que diçe:

Si querés saber orar,
aprended á navegar.

Porque sin dubda es grande la atencion que los chripstianos tienen en semejantes calamidades y naufragios para se encomendar á Dios y á su gloriosa Madre: é assi paresçe que los oye é son socorridos miraculosamente, como se verá y paresçe por los exemplos y capítulos siguientes.

CAPITULO I.

Del padre é hijo que andovieron en una tabla por la mar hasta quel padre murió, é cómo escapó el hijo.

Año de mill é quinientos y treçe venia una nao de España á esta Isla Española, y erró la derrota é fué á dar al través en la costa de Tierra-Firme, çerca del rio Grande, que está más al Ocidente del puerto de Sancta Marta. É allí yban un padre é hijo, naturales de Sevilla, é cómo vieron todos los de la nao que no podían escapar ni algun remedio tenían pa-

ra dexar de se perder, é que demás del peligro de la mar, en la tierra, ya que no se ahogassen, no les podia faltar la muerte, por ser los indios allí bravos é no subjuzgados é caribes flecheros, é que comen carne humana todos los de aquella costa, dixo aquel hombre viejo á su hijo, que era mançebo de hasta veynte é çinco años, estas palabras:— «Hijo, ya tú

ves questa nao va perdida á dar al través é çabordar en tierra, é que no podemos de aqui escapar sino miraglosamente: por tanto es menester, que demás de nos encomendar á Dios que nos socorra, nos ayudemos lo mejor que supieres é bastare nuestra industria, ó que á lo menos no quede por nosotros cosa alguna que hacerse pueda por escapar la vida. Y para esto, yo no veo otro camino sino que te estés aqui á par de mí, é ten ojo en aquesta tabla á que estoy arrimado, que por ventura en ella podremos salvarnos, si la voluntad de Dios fuere».

El mançebo obedesció é lo hiço assi; é la nao dió en ciertos roquedos de la costa, é se perdió assi como yba cargada é rica, é la mayor parte de la gente se ahogó allí; é los que no se anegaron é salieron vivos á tierra, fueron despues muertos por los indios caribes é coronados que hay en aquella provincia, é digo coronados porque andan tresquilados el cabello bajo como de tres meses ó quatro, é abierta una grand corona, como la usan los frayles de Sanct Benito; é son flecheros é tiran con hierba.

Tornando á la historia, el padre y el hijo tovieron tal cuydado de aquella tabla, que en ella escaparon por estonçes; y andovieron cavalleros sobrella tres dias en la mar, donde ella era guiada por el viento é las ondas, sin comer ni beber. É á cabo de los tres dias se murió el viejo, y el hijo lo echó en la mar porque su compañía avia de ser de hedór é de más trabaxo, é no de algun remedio para el defuncto; é assi quedó el mançebo sobre la tabla otro dia é medio despues, sin aver cosa alguna comido, ni la tener en todo el tiempo que he dicho. É al quin-

to dia, acaso passaba una caravela de chripstianos, é vierón andar la tabla en la mar á causa del bulto del hombre que estaba abraçado con ella, é ya andaba tan desmayado que no pudiera dexar de peresçer, si no fuera de Dios socorrido: é las aguas é grandes corrientes le avian desviado de la costa más de ocho ó diez leguas dentro en la mar. Estonçes la caravela se puso á la relinga é al reparo, mirando los que en ella venian aquel bulto que andaba sobre las ondas por entender qué cosa era, y en fin arribó sobre la tabla é recogió el hombre, é lo metieron dentro é vivió é se salvó por esta manera. Al qual hombre yo le ví despues en esta cibdad de Sancto Domingo, y era sacristan de la iglesia mayor de aqui el año de mill é quinientos y quinze años, é le hablé y él me dixo é contó lo que dicho, en pressencia de personas honradas é prinçipales veçinos desta cibdad, á quien era notorio é público lo que aqui he escripto en este caso.

Preguntéle que quando en aquella tan grand nesçessidad se avia visto, que qué oraçion espeçial avia hecho, encomendándose á Dios é á sus Sanctos; é respondiome que siempre avia tenido esperanza çierta en la gloriosa Virgen é Madre de Dios que le avia de socorrer, é se avia votado á ella, y en su nombre á su sancta ymágen del Antigua, que está en una capilla de la iglesia mayor de Sevilla, donde ha fecho muchos miraglos; y que con su esfuerço avia andado en la mar en aquella tabla los quatro dias y medio que dicho, é que truxo á su padre quasi un dia entero muerto de la manera que está dicha.

CAPITULO II.

De una nave que partió desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, é topó en una peña desta costa, é saltó un marinero de la nao en la peña, é se vino por tierra á esta cibdad, é la nao fué en salvamento á España.

Pocos tiempos há que salió una nao deste rio é puerto de Sancto Domingo, de la qual era maestre el capitan Sanct Johan de Solorçano, é á la media noche ó poco más tarde anduvo la gente della levantando sus áncoras, é salió con una luna muy clara dos horas ó más antes que fuesse de dia á la mar, con el terral, la vuelta de España, por esta costa arriba. Y porque el viento terral mejor le sirviesse, procuró de yr junto ó no muy desviado de la tierra; é como los marineros avian mucho trabaxado en se desamarrar é levantar sus áncoras é meter dentro en la nao el batel y en otras cosas, despues que salieron á la mar, durmiéronse ó no hiçieron la vela ni el piloto su offiço como debian. Por lo qual, como fué esclareçiendo el dia, vieron que yban muy metidos en la costa é que no podian doblar la punta de Cayçedo, que está al Oriente desta cibdad tres leguas é media ó quatro: é viéndose perdidos é que yban á dar en tierra, procuraron de haçer toda su posibilidad por haçer salir la nao háçia la mar; pero en fin no pudieron excusar que dexasse de dar un

espaldaraço de plano en soslayo en las peñas de la dicha punta. É quiso Dios que fué de manera que no peligró: antes el topar fué de forma que resurtió de allí con la proa para la mar, é la socorrió Dios de guisa, que dobló el cabo é salió fuera sin peligro ni lesion alguna.

Un marinero vizcayno, desque vido yr la nao derrota batida á dar en tierra, púsose en la proa ó en parte que pudiesse saltar en tierra, quando topasse: é assi fué que en el mesmo instante que tocó la nao en la peña, saltó el marinero sobre la peña desde la nao, é quedó él en tierra sano é seguro, é la nao cómo salió, segund es dicho, tiró su camino para España, donde fué en salvamento; y el vizcayno se volvió por tierra á esta cibdad donde llegó otro dia ó desde á dos, é la nao le llevó á España su caxa é ropa. Lo qual fué grand miraglo no se romper aquella nao, porque es costa brava é muy peligrosa. Mas quisola Dios librar de la forma que está dicho é que aquel marinero se quedasse en tierra, porque dicesse testimonio deste miraglo.

CAPITULO III.

De una nao que se perdió en la costa de la Tierra-Firme, é cómo los marineros se tomaron la barca della, é se fueron sin los pasajeros é nunca paresçieron, é de las tablas de la nao hiçieron los pasajeros una barquilla, é llegaron á tal estado, que por hambre echaron suertes á qual comerian dellos, é cómo se salvaron los que quedaron dellos.

El año de mill é quinientos é treçe años partió una nao del puerto desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española para yr al Darien, que era una cibdad á una legua de la costa del golpho de Urabá en

la provincia que llaman de Çemaco: la qual poco tiempo antes avian ganado los chripstianos, y estaba allí por capitan Vasco Nuñez de Balboa. Esta nao yba con muchas mercaderias é pasajeros é mari-